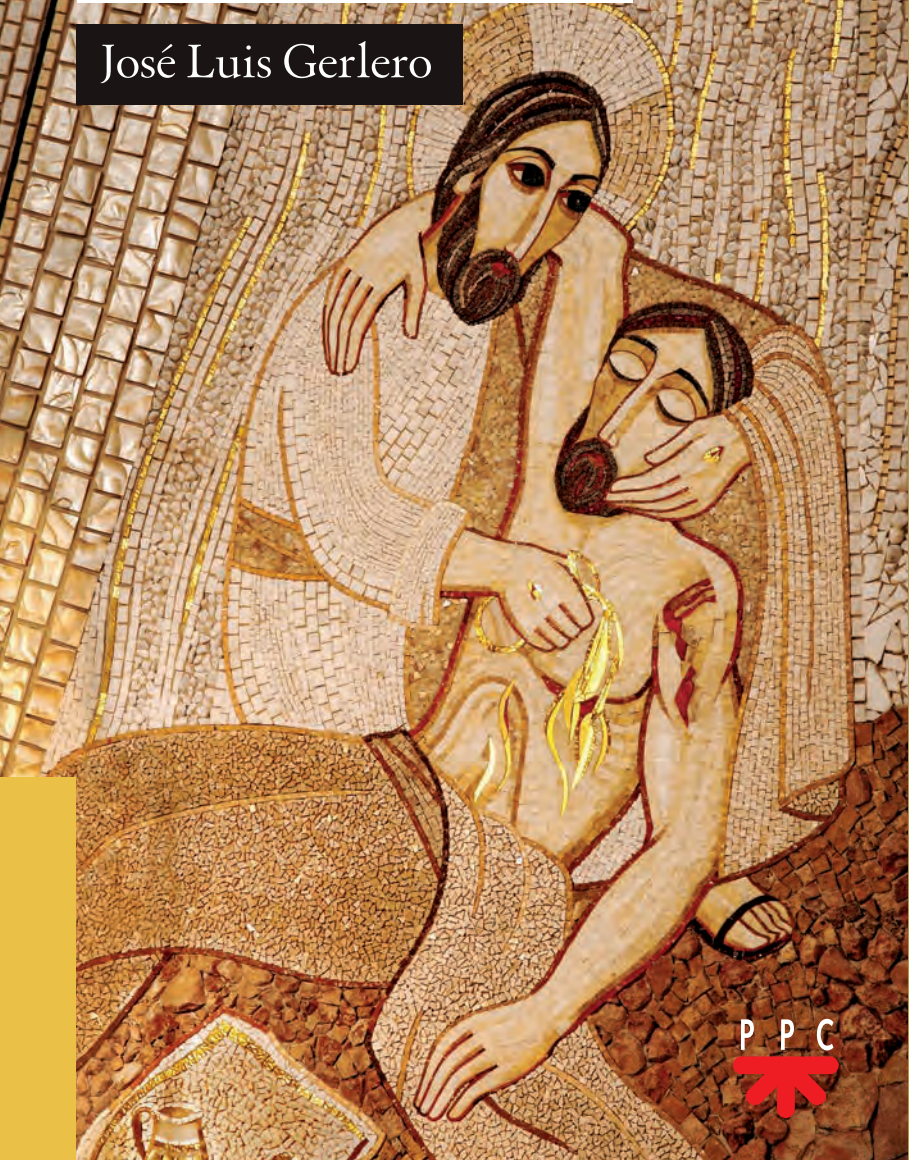


EUCARISTÍA

Pan, vino y misericordia

José Luis Gerlero



Has gustado la sangre del Señor y no reconoces a tu hermano.

Deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento al que ha sido juzgado digno de participar de esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella. Y tú, aun así, no te has hecho más misericordioso.

San Juan Crisóstomo

PRÓLOGO

El amor puede tomar las formas más inusitadas para poder expresarse en plenitud, pero considero que nadie hubiera podido imaginar un amor como el de Dios, capaz de hacerse uno de nosotros (Encarnación), entregar su vida por cada uno de nosotros (Misterio Pascual) y quedarse presente en el sufriente (Mt 25) y en la eucaristía.

Desde el nacimiento en un pesebre hasta la presencia sacramental en el pan y el vino hay un hilo conductor que rompe nuestros esquemas de grandeza y ostentación. El Reino de Dios se presenta sencillo y a pie... Desde abajo hacia todos, al alcance de cualquiera y sin ningún tipo de magnificencia.

Dios está presente en medio de nosotros de manera tan simple y cotidiana que nos puede parecer imperceptible. Solemos tomar nota de la violencia, el egoísmo, las problemáticas económicas; estamos acostumbrados al ruido y a lo fantástico; pero para la presencia del Reino en medio de nosotros nos falta desarrollar esa sensibilidad hacia la “grandeza de lo pequeño”, hacia lo dicho sin glosas ni fuegos de artificio. Jesús se ha quedado entre nosotros en el sufriente y en la

eucaristía y, con ello, nos indica que misericordia y adoración son una misma realidad presente en nuestra mirada de fe.

Hablar de la eucaristía en estos tiempos de velocidad y fugacidad es proponer el retorno a la quietud y a la contemplación, tan necesarias para una vida con sentido, tan determinantes para encontrarnos a nosotros mismos, tan inherentes al ritmo de nuestra humanidad, tan indispensable para reconocer al otro como un igual, como un hermano.

La presencia del Señor en el otro, ese por momentos tan distante y ajeno, interpela constantemente nuestra capacidad de servicio. Y en la eucaristía se nos brinda por entero, de una manera única, para adorarlo y comulgarlo, indicándonos que lo más grande que nos puede suceder en la vida es gratuito, es donación pura, que nada tiene que ver con nuestro esfuerzo o voluntarismo sino con nuestra aceptación y nuestro abandono; la vida misma no es más que un aprendizaje para soltar y entregarnos a ese amor que nos sostiene y realiza.

Pan, vino y misericordia son inseparables y realizan una síntesis perfecta de lo que significa comulgar. Pan y vino sin misericordia son un ritualismo vacío, una alienación de la fe; y misericordia sin pan ni vino empequeñece las posibilidades humanas, estrecha al hombre en su realidad horizontal quitándole la amplitud de la trascendencia, confunde el servicio y el

reconocimiento del otro con ideología y fragmentación. Comulgar no solo es comer, es una opción de seguimiento y discipulado, es un reconocimiento de nuestra debilidad que necesita de la gracia y fortaleza del Señor, significa entender la vida como una donación, un regalo único, un misterio de amor más allá de lo que podamos imaginar y entender.

Que estas pequeñas reflexiones que ofrecemos a continuación nos ayuden a purificar nuestra fe y nos ayuden a encontrarnos con Jesús, con el Cristo, con el Señor.

INTRODUCCIÓN

EL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

Es una tarea difícil abordar el misterio de la Eucaristía en un tiempo en que lo sagrado se encuentra sumamente desvalorizado, aun por quienes deberíamos ser testimonio con nuestras vidas de lo que manifestamos creer. La inflación de la palabra correcta y la ausencia de obras han vaciado de contenido el testimonio.

La Eucaristía es el corazón mismo de la vida cristiana, es el centro, el carozo del misticismo cristiano, “fuente y culmen de la vida cristiana” la denomina el Concilio Vaticano II (*cf.* LG 11). Los cristianos católicos creemos en la presencia real de Cristo en las especies de pan y vino y creemos que, en cada Eucaristía, en cada misa, nos encontramos nuevamente y de manera actualizada con el misterio más grande de nuestra fe: Pasión, muerte y resurrección de Jesús al que reconocemos como Cristo, nuestro Señor. Creemos junto a otros porque celebramos en comunidad y es esta misma comunidad la propuesta que Dios

nos hace para obtener lo que llamamos justicia y libertad.

La celebración era reconocida por los primeros cristianos como “la fracción del pan”, un pan que se parte y se reparte es el grito que testimoniamos los cristianos frente al individualismo y un mundo dividido entre hartos y hambrientos. ¿Creemos? ¿Somos conscientes de la magnitud de lo que estamos afirmando? ¿Qué consecuencias tiene para nuestra vida concreta y cotidiana?

Eucaristía significa reconocimiento, gratitud, acción de gracias y bendición. Designa la acción instituida por Jesús la víspera de su muerte y es por este acto decisivo, que señala al pan y el vino como portadores del valor eterno de su muerte redentora.

¿Qué celebramos en cada Eucaristía? Algunos sostienen que un rito de tradición familiar que reniegan a abandonar, aunque no le encuentren sentido. Otros lo viven desde una piedad abstracta, confundiendo lo sagrado con lo desencarnado y establecen un hiato con la vida cotidiana. Otros, en pos de un compromiso con la historia y con pseudo afirmaciones sobre las consecuencias de la encarnación, desacralizan absolutamente el Misterio como si eso fuera “más cercano”. Algunos van, simplemente. Otros intentamos barruntar en cada celebración lo que allí está sucediendo, conscientes de que en nuestra vida cotidiana se juega el sentido de lo que

allí vislumbramos, paseando entre todas las posibilidades que van del escepticismo a la confianza absoluta.

Digámoslo de manera clara y directa: No es posible abordar una comprensión de la Eucaristía sino desde la fe. Parece obvio, pero lo obvio cada cierto tiempo es bueno afrontarlo para tomar conciencia de que no lo es tanto. La desvalorización de los aspectos trascendentes, la desacralización del Misterio, denuncian nuestra falta de fe, como individuos y como Iglesia.

A fuerza de “ejercer una función” hemos ido abandonando la misión. De allí proviene la palabra “misa”, es la liturgia la que termina con el envío de los fieles a la “*missio*” y sin misión no hay vida cristiana. La misión por excelencia es la misericordia y no podemos ser misericordiosos si juzgamos, si en nuestras celebraciones pueden más los requisitos de ingreso que la evangelización, si renunciamos a aceptar al que no cuadra en los cánones para “celebrar mejor” o a celebrar mejor para “aceptar al que no cuadra en los cánones”.

Así como el papa Juan XXIII abrió las ventanas de la Iglesia para que entrara aire nuevo con el Concilio Vaticano II, deberíamos abrir las ventanas de nuestras anquilosadas concepciones y rutinas para permitir que la Eucaristía obre en nuestras vidas.

Hay que dejar que la fuerza del resucitado rompa con viejas estructuras, con una hiper-institucionalización que más oculta que muestra. Existe una asocia-

ción directa en muchos jóvenes, y en otros no tanto, entre las palabras misa y aburrimiento. Si bien vale aclarar que no se trata de hacer “misa divertidas” para sumar fieles, lo que intento decir es que si hay aburrimiento es que no hay vida, no hay plenitud, por lo tanto, algo tendríamos que revisar con celeridad. ¿Qué nos impide manifestar la vida plena que nos regala el resucitado? ¿Cuál es el testimonio que damos? Si aceptamos la afirmación de que cada comunidad celebra como vive ¿Cómo celebramos? ¿Qué entendemos por sagrado? ¿Qué sería vivir eucarísticamente? ¿Qué diferencia hay entre el sacerdote que celebra y el hermano cura que preside la celebración?

Este pequeño libro intenta acercar una serie de meditaciones sobre “el misterio de nuestra fe”. Meditaciones más vitales que “doctas”, que nos permitan comprender que la fe y la vida son hebras que conforman una única trama. La fe que no echa raíces en la cotidianidad no alcanza su madurez y, siendo estrictos, no podría llamarse tal. Así, la vida que no se abre al misterio de la fe, corre el riesgo de caminar a oscuras.

ESTE ES MI CUERPO

1.^a MEDITACIÓN

PRESENCIA

Los cristianos somos discípulos, seguidores de una persona histórica: Jesús; al que hemos reconocido como el Cristo, el Señor, el Hijo de Dios. No defendemos una doctrina ni promovemos un discurso; anunciamos y proclamamos el mensaje de vida, el Evangelio que nos legó el Mesías con sus obras y palabras y lo hacemos desde nuestro propio barro (cf. 2 Cor 4,7).

No es posible ningún seguimiento sin un encuentro personal, sin una experiencia personal de encuentro con el resucitado. Los evangelios han dejado muy claro en donde y, sobre todo, en quienes lo encontramos (cf. Mt 25,31-45; Lc 10,25-37). Nuestros ritos, oraciones, celebraciones y acciones piadosas han de estar ordenadas y sostenidas sobre el fundamento del encuentro y el seguimiento, en caso contrario son hojarasca que se lleva el viento.

En el sacramento de la Eucaristía, Cristo no nos da sus dones sino que se da a sí mismo por entero. No está en el pan y el vino, “se hace” pan y vino. Son palabras difíciles, sin duda, pero hay que decirlo con claridad.

Jesús sacramentado es la total persona de Jesús que se nos brinda por entero. Es un tipo de presencia completamente distinto y único de los que conocemos. Es una presencia que no tiene paralelo en el orden natural, bajo forma de pan y vino, pero totalmente Cristo. Muchos lo viven como un símbolo, como la réplica de la última cena, como un recuerdo. Esa no es la fe de la Iglesia. En cada celebración es Cristo mismo, por entero, en toda su humanidad y divinidad, el que se hace presente en medio nuestro de esa manera tan sencilla.

Su presencia sacramental profundiza la dinámica de la encarnación. Nuestro Dios se hace hombre. Vale aclarar que no se mete en un hombre. Asume la condición humana en su totalidad y de la misma manera continúa su presencia en las especies de pan y vino.

Conocemos algunos tipos de presencia, por ejemplo la presencia de alguien o algo en nuestra conciencia a modo de un recuerdo subjetivo. Por ejemplo, el recuerdo que nos puede despertar una imagen, una foto, una filmación, la presencia física de alguien frente a mis sentidos, la presencia que notamos a través de un elemento sensible como puede ser el reloj de nuestro padre que nos remite a él mismo. Diferentes modos de presencias. La presencia de Jesús sacramentado es diferente, no tiene que ver con el recuerdo sino con el presente y su presencia física no es desde su corporeidad. No comemos partes físicas del cuerpo de Jesús,

sino que comulgamos con él, con su humanidad, con su misión y su destino bajo las especies de pan y vino. Comemos a Cristo vivo en medio nuestro.

Para la reflexión personal:

- ¿Creo en la presencia real de Jesús en la Eucaristía?
- ¿Por qué habría de creerlo?
- ¿Podría proclamar este misterio? ¿Qué diría?
¿Cómo lo haría?

ÍNDICE

Prólogo.....	5
Introducción: El misterio de la Eucaristía	9

ESTE ES MI CUERPO

1.ª Meditación. Presencia.....	15
2.ª Meditación. Adoración.....	18
3.ª Meditación. Memorial.....	21

EN TORNO A JESÚS

4.ª Meditación. En memoria mía.....	27
5.ª Meditación. Unidad	30
6.ª Meditación. Comunión	34

COMENSALIDAD

7.ª Meditación. Banquete	39
8.ª Meditación. Alimento	42
9.ª Meditación. Escándalo	45

ESTE ES EL MISTERIO DE LA FE

10.ª Meditación. Creer	51
------------------------------	----

CUMPLIMIENTO

11.ª Meditación. Rutina.....	57
12.ª Meditación. Evasión.....	60
13.ª Meditación. ¿Buenos para comulgar o comulgar para ser buenos?.....	63

Epílogo: Vivir eucarísticamente.....	67
--------------------------------------	----